

Rafael Barrett

HACIA EL PORVENIR

PRÓLOGO DE FRANCISCO CORRAL

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: julio de 2008

*Esta edición está dedicada a la memoria
de Bianca María Ansúrez, fervorosa lectora de Barrett.*

© del prólogo, Francisco Corral, 2008

© de esta edición, Editorial Periférica, 2008

Apartado de Correos 293. Cáceres 10001

info@editorialperiferica.com

www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-936232-5-8

DEPÓSITO LEGAL: CC-I55-2008

IMPRESIÓN: Tomás Rodríguez, Cáceres

ENCUADERNACIÓN: Preimex, Mérida

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

PRÓLOGO

enorgullécete de tu fracaso
que sugiere lo limpio de la empresa

AGUSTÍN GARCÍA CALVO

La biografía de Rafael Barrett es la crónica brillante de un fracaso.

Algunos grandes escritores y artistas nunca llegaron a conocer el éxito mientras vivieron. Otros obtuvieron, al menos, un tardío reconocimiento. La vida de Barrett fue muy corta, no llegó a los treinta y cinco años, y el tiempo que pudo disfrutar del reconocimiento a su obra fue también extraordinariamente breve: un solo día.

Ese único día de gloria literaria en la vida de Rafael Barrett fue exactamente el 6 de septiembre de 1910, cuando, ya enfermo terminal de tuberculosis, desembarcó en Montevideo tras haber descendido el río Paraguay desde Asunción, siguiendo luego el Paraná para salir al mar. Viajaba

de regreso a Europa y cerraba así su etapa americana en un trayecto inverso del que siete años antes le había llevado a Buenos Aires y más tarde a Asunción.

Trayecto inverso y a la vez paralelo, pues si en aquel primer viaje trasatlántico Barrett huía de su malograda juventud madrileña, éste segundo también era una huída, pero mucho más dramática, pues intentaba escapar de las garras sangrientas que la enfermedad clavaba en sus pulmones. Volvía a Francia desde Paraguay en una tentativa desesperada de obtener curación entregándose a los innovadores métodos del doctor Quinton, consistentes en inyecciones de agua marina. Tales métodos pueden parecernos hoy pintorescos y hasta disparatados, pero en aquel momento abrían una pequeña luz de esperanza para pacientes de una dolencia entonces incurable.

En su regreso a Francia huyendo de la muerte, Barrett llega, pues, a Montevideo y se encuentra de repente con la sorpresa inesperada del éxito literario: «Jamás imaginé que me quedaba tiempo sobre la tierra para gozar el alba de la notorie-

dad...». Pocos días después, navegando ya sobre el Atlántico, escribe a su esposa una carta conmovedora que transmite toda la inmensa compensación que aquel breve día supuso para él:

Parece que Montevideo está sencillamente chiflado con tu chulo. Es una suerte que me vaya enseguida, porque mi cuarto era una romería. Mi libro ha tenido un éxito loco. (...)

No habían dado la noticia de dónde me hospedaba, para evitarme visitas, pero fue inútil, la cosa cundió y hubo que habilitar dos piezas del hotel para recibir a la gente que acudía toda la tarde. Vi a Frugoni, a Falco, a Bertani –que me ha pedido originales para otro libro–, a Herrerita, a reporters de toda laya, directores de revistas, fotógrafos (¡me retrataron dos veces!), un escultor me quiere hacer el busto –los melenudos del Polo Bamba– y los que más me agradaron, obreros, tipógrafos, jornaleros que me estrujaban las manos entre las suyas callosas y me llamaban «maestro». He hecho bien en irme de Montevideo enseguida; te aseguro que hubiesen acabado

conmigo. Estoy abrumado con este prestigio que se me mete por las puertas cuando menos lo esperaba; no sé si lo merezco ni si podré conservarlo. (...)

El libro en cuestión, *Moralidades actuales*, fue el primero y el único que llegó a ver publicado en vida, aparte de un par de pequeños folletos. Contenía una selección de artículos aparecidos en diarios que compiló para el editor uruguayo Bertani en las escasas treguas que los abcesos de la tisis concedían a su organismo, convertido en « $\frac{3}{4}$ de cadáver», como él mismo se describe crudamente en una de sus cartas.

Para el propio Barrett el éxito de aquel libro fue totalmente imprevisto. En una carta a Bertani, pocos meses antes, le decía «sueño con vivir un año más y dejar un libro que no sea una simple colección de impresiones de periodista», referencia esta última a *Moralidades*, que ya estaba en imprenta.

Aquel día le compensó largamente de las muchas frustraciones y sinsabores acumulados

durante la mayor parte de su vida. Dos años antes había sido expulsado de Paraguay y escribía a su cuñado, José López Maíz, con amargura: «¡Qué resultado de cuatro años de lucha por la libertad!». La enfermedad y la persecución política se habían venido a sumar a las estrecheces económicas. En algunos momentos tuvo que recurrir a la ayuda de los amigos. Con enormes dificultades logró reunir el dinero imprescindible para el viaje y para seguir un tratamiento médico que era su última esperanza. Pero ahora, finalmente, con el triunfo literario le llegaba también el económico: «Me han dado 100 pesos oro para el viaje y han alzado mi sueldo a 100 pesos oro por mes... En fin, la prosperidad al cabo...».

Y cuando se ve, por primera vez en mucho tiempo, con algo de dinero, en lo primero que piensa, a pesar de su situación desesperada, es en compartirlo. Barrett pone sus convicciones y la coherencia con sus ideales por delante incluso de sus graves necesidades personales. El escritor uruguayo Ernesto Herrera, con quien meses

antes había compartido penurias, narra la escena cuando le visitó en el hotel: «Y me seguía reteniendo como buscando una palabra. Luego se decidió por la franqueza: ‘En *La Razón* me han llenado de libras, estoy asqueado de tanto dinero, vamos a anticiparnos al reparto social’, y se empeñaba por deslizarme en el bolsillo la mitad de sus monedas de oro».

Breves fueron aquellas horas de gloria y de prosperidad. En realidad ni siquiera un día completo, pues llegó a Montevideo por la mañana y partió por la noche.

Luego cruza el Atlántico y sigue tratamiento primero en París con el doctor Quinton, después en Arcachon con el doctor Lalesque. Pero la enfermedad avanza. Desde esa ciudad escribe a su hijo Alex, de solo tres años, y se despide con esta suprema expresión de desamparo: «Tu pobre papá, tu pobre hijito que te quiere».

Murió el 17 de diciembre de 1910, a las 4 de la tarde, en Arcachon, frente al Cantábrico, el mismo mar cerca del cual había nacido, el 7 de enero de 1876 en Torrelavega.

JUVENTUD DEL 98

Pero sus infortunios habían comenzado muchos años antes, concretamente en abril de 1902, cuando se enfrentó a la «buena sociedad» madrileña.

Los escasos datos existentes sobre su juventud en España coinciden en dibujarlo con todos los rasgos idóneos para el triunfo social: de buena familia, culto, distinguido, elegante y atractivo. El joven Barrett poseía, además, alta formación y capacidades artísticas y estaba vinculado a la juventud intelectualmente más inquieta del momento. Su amistad con Valle-Inclán, con Maeztu, con Ricardo Fuente, con Manuel Bueno, los testimonios de Baroja y de Cansinos Assens, lo sitúan en plena vanguardia de aquella efervescente «juventud del 98» que se debatía en el torbellino de la llamada «crisis de fin de siglo».

Aquellos jóvenes transitaban a veces en los márgenes de una bohemia tan gloriosa como des-

concertada; vivían, no obstante, con la conciencia ególatra de un nuevo individualismo romántico que los hacía sentirse estrellas protagónicas de su propio naufragio. Se contemplaban esforzados artífices de una renacida edad heroica, inmersos en aquella gran mutación universal con que agonizaba el siglo XIX y despuntaba el XX. Mutación que hoy percibimos como la crisis de la mentalidad positiva y la irrupción de corrientes de pensamiento utópico, mesiánico incluso, al lado de individualismos vitalistas y de idealismos colectivistas, espoleados todos ellos por una ciencia que acababa de derrumbar la idea inmóvil de la naturaleza humana y que avalaba la esperanza de un progreso ilimitado, no sólo técnico, sino también humano y social. A esta crisis general del pensamiento se sumaba la desazón ante la notoria decadencia política de los países «latinos», en el caso de España el «desastre» del 98.

Con «juventud del 98» no nos referimos a la etapa juvenil de la más tarde llamada «generación del 98» (concepto impreciso y muy discutible, aunque ya también imprescindible) sino

al amplio, cambiante y variado espectro de los jóvenes con inquietudes artísticas e intelectuales que agitaron el turbulento magma de entresiglos.

Conformaron un fluctuante panorama humano, carente de estabilidad y de límites precisos, que se definió por el rechazo a lo existente y por la presencia de parecidas inquietudes ante las transformaciones radicales que se producían en aquellos años de confusión. El núcleo principal del fermento que sacude las conciencias de aquellos jóvenes y la clave que aglutina sus rebeldías, radica en la confluencia de dos voluntades de renovación profunda: en lo estético y filosófico el modernismo, en lo social y político el regeneracionismo.

El modernismo, en tanto superación filosófica del positivismo con la voluntad de expandir el concepto de realidad más allá del «hecho positivo» y de abrir la idea de naturaleza humana hacia lo fantástico, lo misterioso, lo enigmático, lo irracional., por medio principalmente de la expresión artística.

El regeneracionismo, desde el análisis de los males de la España del «desastre» y el diagnóstico de una degeneración nacional profunda, mucho más allá de la pura derrota militar y mucho más grave que ella. Y, como consecuencia, la búsqueda de soluciones terapéuticas de muy diversa orientación, siempre con el objetivo de remediar esos males.

Los primeros escritos de Barrett le identifican plenamente con las inquietudes y los planteamientos de ese entorno generacional. Incluso no es aventurado suponer que Barrett representaba un cierto «modelo» para aquellos jóvenes. Una información oral transmitida por tradición familiar asegura que Maeztu y Valle-Inclán consideraban a Barrett «el joven más brillante de su generación». Si bien ese dato no está documentado, resulta perfectamente verosímil, si consideramos que «europeizarse» constituyó todo un ideal y un objetivo prioritario para aquellos jóvenes, con el preceptivo viaje iniciático a Francia que casi todos ellos realizaron. Y Barrett disponía de una altísima formación intelectual ple-

namente «europea», tanto científica como humanística y artística; había estudiado en Inglaterra y Francia y conocía a fondo el idioma y la cultura de ambos países.

EL SUCESO DEL CIRCO

Pero inopinadamente, por uno de esos pequeños acontecimientos que desencadenan grandes catástrofes (como la gota de agua que hace caer la hoja que hace rodar la piedra que hace...), aquel joven tan brillante y prometedor entra en una cadena de contratiempos que van precipitando el desastre.

La gota de agua fue una «cuestión de honor» con un abogado de apellido Azopardo; nada extraordinario en una época en que el duelo, aunque legalmente prohibido, era el pan de cada día. Pero el rival decide no batirse. Cada cual es dueño de sus miedos; lo grave es que Azopardo justifica su retirada con una acusación entonces terri-

blemente deshonrosa: Barrett no es digno de bairse con él porque no es un «caballero»; y no es un caballero porque es «pederasta».

Se convoca el preceptivo Tribunal de Honor para juzgar el asunto. Barrett, confiado en que una acusación tan oportunista, inconstatable y además falsa no iría a prosperar, ha viajado a Francia cuando el Tribunal emite su dictamen. Y Rafael Barrett es descalificado. Ser descalificado por un Tribunal de Honor significaba una afrenta social muy grave, incluso para aquellos que mentalmente lo rechazaran.

Barrett reacciona airado ante semejante injusticia. Reclama al Tribunal y exige que se le conceda una audiencia. El Tribunal se niega a recibirle y a revisar su sentencia. La situación ha llegado a un callejón sin salida. Otro habría tirado la toalla, pero Barrett no; no va a conformarse con una calumnia tan injuriosa y una injusticia tan flagrante, y decide pasar a la acción directa. El día 24 de abril de 1902, en plena función de gala del Circo de París, apalea públicamente al presidente del Tribunal de Honor, el duque de Arión.

El escándalo fue mayúsculo. Barrett fue a parar a la cárcel y toda la prensa madrileña del día siguiente destaca la noticia. Uno de los objetivos de Barrett, además de tomar venganza por su propia mano, era obligar al duque a batirse con él como consecuencia de la ofensa pública recibida. Pero el duque se enroca en su propia sentencia y se escuda también en la descalificación de Barrett para evitar el encuentro.

El asunto parece sellado y enterrado, pero Barrett no se resigna todavía y de nuevo pasa a la acción. Recurre a varios médicos «de reconocido prestigio» y se hace examinar junto con «el amigo que compartía el oprobio de la acusación». Y hace público el dictamen médico en círculos de la sociedad madrileña: la ciencia es determinante y contradice la sentencia del Tribunal. Varios periódicos comentan la noticia.

El Tribunal se ve obligado a reunirse, a regañadientes; pero de nuevo se agarra al aristocrático «mantenella y no enmendalla». La resolución, coherentemente descabellada, viene a decir que el concepto del «honor» no se define por «los he-

chos», sino por el difuso concepto de «la opinión» social. Con ese argumento, prescinden olímpicamente del dictamen médico, que ni siquiera consideran, para reafirmarse en la descalificación de Barrett de forma inapelable y definitiva.

Había sido demasiado. Aquel joven insolente y justiciero había sobrepasado todos los límites de las normas de la buena sociedad y había dejado en evidencia las trampas y artimañas de que se valía aquella tunante caballería. Y lo había hecho además en un momento crítico. El problema del duelo estaba generando un intenso debate público en relación con una de los temas más urticantes de la España de aquellos años: el Proceso de Montjuich, que vino a ser un equivalente del *affaire* Dreyfus en Francia, al sacar a la luz las cloacas de abusos e injusticias que se ocultaban bajo la «razón de Estado». El rechazo y el castigo social al joven infractor debieron ser, pues, durísimos.

Pocos meses después, una información sorprendente aparece en algunos periódicos madrileños: «Rafael Barrett se ha suicidado». Otros

periódicos desmienten la noticia, curiosamente ninguno de los que publicó la falsa noticia hace ninguna aclaración ni desmentido. Queda la sospecha de que aquello no fuera un simple error informativo, sino tal vez un aviso en clave, un acta de defunción para consumo interno.

Intencionada o no, maquinada o simplemente errónea, lo cierto es que la noticia de su falso suicidio viene a ser el símbolo perfecto de su expulsión definitiva de los ambientes de la alta sociedad a los que por familia pertenecía, una especie de lapidación moral, con la consiguiente muerte social. Barrett decide entonces cerrar con un portazo su agitada vida madrileña; huye de aquel ambiente y abandona Madrid y España definitivamente. Durante unos meses se instala en París para luego escapar mucho más lejos, a Argentina, donde espera comenzar una nueva vida.

En la personalidad de aquel joven que pasó como un vendaval por el Madrid de principios de siglo se perciben ya algunos rasgos que preanuncian, o que al menos hacen ver como posible, al futuro luchador social: su carácter rebelde, su te-

són, su sentido de la justicia por encima de las convenciones y de las normas sociales, su entrega total sin límites y sin miramientos a la causa de la verdad, etc.

En el episodio de la agresión al duque puede incluso vislumbrarse un incipiente germen de anarquismo, en lo que tiene de recurso a la acción directa contra un representante de la aristocracia. Desde su juventud y a lo largo de toda su vida, Barrett demuestra que padece el error de tomar en serio el significado de los conceptos. Y así como en relación al duelo no es su objetivo seguir el vacío ritual al uso, sino batirse de veras, de igual forma cuando más tarde defiende la justicia y la igualdad, habla de la igualdad y la justicia reales, no de la terminología hueca utilizada en los discursos políticos.

Sin embargo, nada hace pensar todavía que aquel joven pudiera tener ya algún tipo de conciencia social. En el joven Barrett es evidente un impetuoso individualismo y un enérgico egotismo que fue, por otra parte, rasgo característico de aquella «juventud del 98». Pero no existe, en

cambio, el menor indicio de que su pensamiento o su acción escapara en nada a los valores básicos e ideológicos del grupo social al que pertenecía. Todos los testimonios coinciden en ese perfil. Maeztu lo define como un «dandy» y lo retrata como «un señorito despedido de su clase social»; Viriato Díaz-Pérez lo califica como «un gomoso de Madrid»; y el mismo Barrett confirma esa imagen cuando en una de sus escasísimas referencias a esa etapa de su vida, escribe a su cuñada Angelina: «Yo era un majadero, Angelina, fíjese que me imponía por mi elegancia. ¡Cuán inútil fue mi vida entonces!».

AMÉRICA:

BUENOS AIRES, PARAGUAY, MONTEVIDEO

No existe constancia alguna de producción literaria durante su etapa española. Tan sólo se han localizado tres escritos con su firma: dos artículos de divulgación científica publicados en *Re-*

vista Contemporánea y una carta publicada en el diario *El País*, «Yo y un tribunal de honor», donde expone los hechos referentes a su descalificación. Pero no cabe la menor duda de que esa actividad literaria debió existir, al menos en forma incipiente. Su presencia en las tertulias y su amistad con varios de los jóvenes escritores del momento son indicios claros; por otra parte, con ocasión de las noticias de su falso suicidio, uno de los desmentidos dice vagamente que Barrett «vive en París donde es redactor de varios periódicos».

Es en Argentina donde publica sus primeros artículos de interés literario, en la prensa de Buenos Aires. En esos primeros escritos gravita aún el peso de su afinidad con la «juventud del 98»; se refiere con frecuencia a España y lo hace desde el exacto diagnóstico de la «España enferma» y el análisis crítico de sus males.

Pero hasta Argentina le persigue su averiada estrella de héroe. Precisamente por temas relacionados con España tiene una fuerte polémica en la prensa con otro español, Juan de Urquía

(firmante *Capitán Verdades*), que acaba en el consiguiente envío de padrinos. Y de nuevo, como en una noria de la que no puede zafarse, duelos y quebrantos madrileños resucitan en Buenos Aires. Juan de Urquía rechaza batirse con Barrett alegando que está descalificado por un Tribunal de Honor. La sombra de la infamia se ha pegado a él como una garrapata y le sigue acosando donde vaya.

Es de imaginar la desesperación del joven Barrett que no ha conseguido escapar al oprobio madrileño ni siguiera en América. Aún así, todavía no se entrega; le sobran ánimos y afán justiciero para pasar de nuevo a la acción. Pero esta vez el fracaso se ve agravado con el estigma del ridículo. Y en una aventura tragicómica, de claros tintes quijotescos, Barrett apalea a un probo director de hotel al confundirlo por error con Juan de Urquía.

Es perfectamente comprensible también que, después de este nuevo y sonado fracaso y tras el desentendimiento con su periódico que considera desmedida la acción de Barrett, éste

decida poner de nuevo tierra de por medio. Y aprovecha la primera ocasión que se le presenta, la oferta de seguir la revolución que había estallado en Paraguay, como corresponsal de guerra del diario *El Tiempo*. Él mismo confesará más tarde que fue allí «buscando la bala que me mate».

Barrett llega a Paraguay desesperado, huyendo de todos, de todo y de sí mismo. Y de repente en Paraguay encuentra su lugar en el mundo. Ha descendido a los infiernos y allí ha comenzado a renacer. El contacto con la vitalidad y la dureza de la realidad americana le convierte en un nuevo hombre. En sus viajes por el campo (empieza a trabajar como agrimensor) va descubriendo la cara verdadera de la explotación y la miseria; su probado sentido de la justicia le lleva a entregarse a la causa de los desposeídos. «Desde que soy desgraciado, amo a los desgraciados, a los caídos, a los pisados.»

Barrett se va implicando cada vez más en la lucha social y en el compromiso ético. Su ardoroso individualismo rebelde evoluciona desde el egoísmo hacía valores altruistas. Sus escritos van

creciendo en calidad literaria y en profundidad crítica. Se casa y nace su hijo, pero también comienza a manifestar los primeros síntomas de la tuberculosis. Decide dedicarse sólo a escribir y vivir de su pluma y de algunas clases. Su trabajo le permite apenas mantener a su familia, siempre en medio de la estrechez económica.

El año 1908 marca la cúspide de la acción agitadora de Barrett. Abraza expresamente el anarquismo y asume los ideales del movimiento obrero; imparte conferencias públicas para los sindicatos. Conoce también las consecuencias de la lucha por la justicia: persecución, cárcel y destierro. Participa en los mítines del 1º de mayo y da una serie de *Conferencias Populares*. Le cierran las puertas del Instituto Paraguayo y del Teatro Nacional y pronuncia las conferencias en un galpón. Entre el 15 y el 27 de junio publica en *El Diario* la serie de artículos *Lo que son los yerbales*, dura denuncia de la explotación en los obrajes, que se convertiría en un clásico de la literatura social americana. «Yo acuso de expoliadores, atormentadores de esclavos y

homicidas a los administradores de la Industrial Paraguaya y demás empresas yerbateras. Yo maldigo su dinero manchado con sangre.»

Su palabra resuena con todo el tremendo peso moral de la firmeza y de la convicción expresadas desde el único respaldo de la razón individual; exactamente como años antes habían resonado las palabras de Zola, uno de los principales referentes intelectuales para los jóvenes del 98. El poder económico y político se siente tocado y la sociedad privilegiada reacciona de inmediato y con dureza: se le cierran las páginas de los diarios y de nuevo sufre el repudio social. Según el testimonio de Viriato Díaz-Pérez, los últimos años de Barrett pasaron «entre los aplausos de sus amigos, los humildes, y las punzadas de sus enemigos, los poderosos».

En algunos momentos expresa amargura; qué duda cabe que debió dolerle el rechazo de antiguos amigos. «La costumbre de pensar a todas horas tiene algo de vicio bochornoso ante el común de las gentes, y me ha convertido en un ser inútil, a veces nocivo, odiado, despreciado.» La

vieja herida se reabre y vuelve a sangrar. Pero ya es distinto; ahora es consciente de que ya no pertenece a esa clase: «Pero no escribo para vosotros, sino para aquellos de mis dolientes hermanos que han aprendido a leer». Ahora tiene otros objetivos, vive para otros ideales a los que está dispuesto a sacrificar todo y el fracaso no importa. Se siente formando parte de la sociedad paraguaya doliente, «el único país mío, que amo profundamente, donde me volví bueno», comparte sus desgracias de siglos, combate la explotación y la miseria, y sufre con ella «el dolor paraguayo», título que daría a uno de sus libros.

Más le preocupa, en cambio, el reducido eco que sus ideas anarquistas tienen entre las masas. Eso sí que lo considera un fracaso. Se siente decepcionado porque los grupos obreros «conscientes» son todavía minoritarios, al igual que los sindicatos. «No nos hagamos ilusiones. No tenemos público. ¿Qué obreros se suscribieron hasta ahora a nuestro periódico? ¿Cuántos asisten a nuestras conferencias? No tenemos público donde es preciso que lo haya. He aquí lo esen-

cial: hacer, organizar un público. Cuando esté hecho, podremos desaparecer, con nuestras fórmulas.» Sabe que la labor será larga y difícil. Roa Bastos le describe, con toda razón, como «una voz clamante en el desierto».

El día 2 de julio se produjo el golpe de estado del mayor Albino Jara. Y Barrett sale a la calle y arriesga su vida atendiendo a los soldados heridos en medio del tiroteo. Según testimonio de su esposa: «En los cuatro días que duró aquella cruel matanza, Rafael salvó muchas vidas, exponiendo mil veces la suya. Organizó la Cruz Roja, mejor dicho, él era la Cruz Roja; los curas no aparecieron por ninguna parte».

Ante el boicot de la prensa que le cierra las puertas, Barrett decide crear su propio medio y así publica el semanario *Germinal* a partir del día 2 de agosto. En su primer número presenta su programa y no deja lugar a dudas sobre sus ideas: «Matad el principio de autoridad donde lo halléis», «Combatamos al jefe, a todos los jefes».

A *Germinal* no le permitieron existir ni tres meses. Pero los once números publicados deja-

ron un eficaz precedente de prensa obrera de alto nivel intelectual, escrita en un lenguaje sencillo y preciso y dirigida sin vacilaciones hacia las cuestiones más candentes del momento.

Como consecuencia de las denuncias publicadas en *Germinal*, Barrett es apresado el día 3 de octubre y luego expulsado a Corumbá, en el Matto Grosso brasileño. De allí viaja a Montevideo donde permanece tres meses y medio; tan breve tiempo bastó para que estableciera una fuerte sintonía con la vanguardia de la intelectualidad uruguaya. Comienza a publicar en los principales diarios. Pero su enfermedad se agrava y los médicos le desaconsejan el clima húmedo y frío del Atlántico. Tiene que abandonar Uruguay y regresa clandestinamente a Paraguay. Se instala en la estancia Laguna Porá junto a la frontera argentina. Finalmente las circunstancias políticas mejoran y puede salir de la estancia y aparecer libremente, se instala en San Bernardino. Pero la tuberculosis ha avanzado y su estado es ya el de un enfermo grave.

Sabe que sus días están contados y decide ju-

gar a la desesperada la remota posibilidad de una curación imposible. Y así viaja a Europa para ponerse en manos de Quinton; y así pasa por Montevideo donde por fin vivió aquel único día de éxito y de gloria literaria, apenas tres meses antes de morir.

PROYECCIÓN EN EL FUTURO

La obra de Barrett se fue agigantando con el paso del tiempo. Tras el único libro publicado en vida, *Moralidades actuales*, inmediatamente otras obras fueron editadas en Montevideo, siempre con selecciones de sus textos aparecidos en periódicos. En 1911 *El dolor paraguayo* (cuyo índice también llegó a preparar el propio Barrett) y *Cuentos breves*. En 1912 cuatro libros más: *Al margen*, *Ideas y críticas*, *Diálogos, conversaciones y otros escritos* y *Mirando vivir*. También empiezan a editarse en otros países: en Argentina, en Costa Rica, en Bolivia, en España, más tarde

en México en Venezuela y en Italia. Comentarios y estudios sobre la obra de Barrett comienzan también a aparecer.

En 1932 se publica ya en Buenos Aires una primera edición de *Obras completas*. En 1943 una segunda edición en Buenos Aires y una tercera en Montevideo. En 1954 ve la luz en Buenos Aires una nueva edición ampliada. En 1988 una nueva edición en Montevideo. Y entre ese mismo año y 1990 una nueva edición en Asunción, en cuatro volúmenes y ampliada con nuevos textos inéditos. Es destacable que esta última edición de *Obras completas* de 1988-90 viene a ser sorprendentemente el primer libro de Barrett editado en su país, Paraguay, a casi ochenta años de su muerte y cuando sus obras se habían publicado ya en al menos nueve países.

En España, la obra de Barrett se conoció pronto. En 1919 la editorial América publica en Madrid *Moralidades actuales* y *Cuentos breves*. La edición de esos libros fue la causa de que los amigos de su juventud madrileña desempolvaran viejos recuerdos; gracias a ello han quedado al-

gunos testimonios escritos. Luego se produce un largo vacío de casi sesenta años hasta la publicación en 1976 de *Mirando vivir*, una excelente selección de artículos realizada por Carlos Menezes. A partir de ese momento el interés se acrecienta y las publicaciones son más frecuentes. En 1992 *Sembrando ideas*, antología de textos con prólogo de Roberto Lavín Bedia y estudio de Vladimiro Muñoz. En 1994 mi estudio *El pensamiento cautivo de Rafael Barrett*. En 2002 la magnífica antología y prólogo de Santiago Alba Rico *A partir de ahora el combate será libre*. En 2007 se publica *Asombro y búsqueda de Rafael Barrett* de Gregorio Morán, una superficial visión periodística a la moda del «quest».

La obra de Barrett ha ejercido una intensa influencia en muchos escritores latinoamericanos. Augusto Roa Bastos le destaca como su principal referente literario y afirma que «Barrett nos enseñó a escribir a los escritores paraguayos de hoy». Jorge Luis Borges, tan poco dado a halagos, le calificó de «genial». José Enrique Rodó, Eduardo Galeano, Mario Benedetti, Emilio Fru-

goni, Carlos Rama, Abelardo Castillo, son algunos más entre los muchos que han expresado su admiración hacia Barrett.

Tres han sido los factores principales por los que sus escritos generan tan poderosa atracción. En primer lugar su notable calidad literaria: la deslumbrante precisión y belleza de su estilo; en segundo lugar su capacidad crítica: la penetración de sus reflexiones, la vigencia de sus ideas y de su análisis social; y en tercer lugar su propia personalidad y su ejemplo: su vida novelesca y breve, la desdicha y el fracaso que le acompañaron y que no le detuvieron ni siquiera ante la proximidad de la muerte, su entrega altruista.

LA PRESENTE EDICIÓN

Los títulos que se incluyen en este volumen ofrecen textos muy representativos de tres facetas esenciales en la obra de Barrett: su literatura de denuncia, sus ideas estéticas y su pensamiento

social. Pero además, esos tres escritos corresponden también a los tres momentos cruciales en la evolución de su proceso creativo: *De Estética* fue publicado en agosto de 1905 y pertenece, por tanto, a la primera etapa de Barrett, cuando su transformación americana todavía es incipiente; es un texto casi íntegramente europeo en su contenido y en sus referencias. *Lo que son los yerbales* se publicó en junio de 1908 y corresponde a los momentos más intensos de su acción agitadora; es, como se ha dicho, un clásico de la literatura social americana. *La cuestión social* apareció en marzo de 1910 y corresponde, por tanto, a su etapa más madura.

Un lapso de cinco años puede parecer muy poca cosa, pero para Barrett significa la casi totalidad de su vida literaria. El lector atento puede percibir claramente algunos detalles de la evolución de su estilo y de sus ideas, especialmente entre los textos primero y último cronológicamente. En esos cinco años se producen cambios significativos: en 1905 el pensamiento de Barrett no ha experimentado aún la transformación cru-

cial de un individualismo ególatra a un individualismo altruista. Es todavía una voluntad rebelde que quiere actuar en su entorno principalmente para sí mismo y desde sí mismo.

En el aspecto concreto de sus ideas estéticas está muy presente el tipo de pensamiento vitalista y dinámico cuya referencia profunda era Bergson, uno de los autores más citados por Barrett quien expresamente se define en el entorno de esa corriente filosófica: «No entiendo la filosofía al estilo profesoral (...) Para mí no se trata de una ciencia, sino de la trayectoria que sigue el centro de gravedad de nuestro espíritu».

El origen de la expresión artística se interpreta como proyección de la energía vital pero, sobre todo, como una organización diferente de esa energía más allá del impulso del instinto, en una aplicación de las ideas evolucionistas con fuerte presencia, a la vez, del ideal romántico del genio y del modelo de los héroes culturales de Carlyle, otros de sus escritores más admirados.

Hay que resaltar la drástica evolución del pensamiento de Barrett con referencia a un punto

concreto: el rol social y artístico de la mujer. Que las mujeres no habían tenido apenas presencia en el arte, era un hecho; y Barrett presenta ese hecho en *De Estética* de manera acrítica, aceptando de forma implícita la inferioridad femenina. Sin embargo, en escritos posteriores modificará a fondo esa posición al tratar aspectos sociales y analizará las causas de esa supuesta inferioridad femenina con criterios muy avanzados para su tiempo y que resultan absolutamente actuales: «Nosotros hemos monopolizado, trátese de arte o de ciencia, todas las fórmulas y todos los métodos; se los imponemos a nuestras compañeras cuando nos acordamos de educarlas, de amaestrarlas. Disfrazamos su entendimiento con las apariencias del nuestro, y se lo reprochamos después», «Tienen sobrada razón las rebeldes, las que se buscan a sí mismas».

FRANCISCO CORRAL